

nes, posó su mirada sobre los extremos de terminación metálica que denotaban un cuidadoso trabajo de hierro forjado en el objeto. En base a esto se podía deducir que se trataba no solo de un utensilio ordinario, sino de una herramienta fabricada para otros fines más elaborados.

Usándolo como el último recurso que le quedaba para forcejear los candados, atinó a introducir cada punta por el orificio y, con un ligero movimiento de muñeca, pudo abrir cada uno con el extremo correspondiente de la barra metálica. Decidido, entró en la capilla, experimentando al mismo tiempo regocijo y un calor corporal que nunca antes había advertido, como si por primera vez se sintiera vivo.

Cuentan las personas de San Petersburgo que cada vez que ocurre una llovizna repentina, un ángel es enviado a la tierra en forma de gotas de agua, con el propósito de ayudar a una persona que se encuentre hundida en el pecado o necesite de la fe para redimirse de las malicias que lo puedan estar atormentando.

LA CORONA FLAMÍGERA

Nicolás Velasco

Entró con paso inseguro al salón de clases. Mientras el profesor la presentaba, miró rápidamente alrededor, luego al piso. Era color negro. Las paredes eran blancas y los pupitres todos iguales, gris. Sujetaba sus cuadernos con fuerza. El profe le dijo que podía sentarse. "Pero antes, quítese ese tonto gorro, por favor." Ella le clavó unos ojos alarmados. Continuó obstinada hacia su asiento, pero una carpeta se interpuso cruelmente en su camino. Cayó con un estrépito, trayéndose todo abajo: carpeta, libros y gorro. Al levantarse lentamente vio que todos la observaban boquiabiertos.

"Un yermo gris donde las ideas vienen a morir." Así caviló Fabio mientras jugaba con sus lapiceros. "Eso es lo que es este lugar", se dijo. "Un cementerio de la imaginación, rebosante de muertos vivientes". Se daba cuenta de que algunos de sus compañeros lo miraban. Cómo no, si hasta hacía soniditos al jugar. Se desperezó lánguidamente; estaba complacido. Le gustaba que lo miraran extrañados, que lo consideraran "raro". "La palabra correcta, zombis, es original". O excéntrico, incluso fuera de lo común. Todas servían.

Continuó distrayéndose. No pensaba prestar atención al profe mientras hacía sus anuncios. Sin embargo, levantó la cabeza al escuchar el anuncio de que hoy llegaba una alumna nueva. "Sangre fresca". Fabio arqueó una ceja de pura anticipación. "Al fin algo refrescará un poco este aburrido lugar".

Observó a la chica entrar al aula. Notó su caminar torpe y desgarrado, se dijo que era probablemente debido a su altura. Ella traía un gorro peculiar que le cubría la cabeza. No se veía su cabello. "Seguramente lo tiene recogido dentro del gorro". El profe dijo que se llamaba Julia. La pobre estaba notablemente nerviosa. Fabio se rio entre dientes. "No te preocupes, aquí no hay nadie cuya opinión importe", pensó. "Excepto yo, tal vez".

Entonces ocurrió: una caída catastrófica. De alguna manera la chica había tropezado. Ahora todos la miraban. Cuando se levantó, su cabeza estaba en llamas. Se le había caído el gorro y había descubierto su cabellera. Era muy corta y de color rojo tan chillón que casi refulgía.

Fabio estaba lívido de celos. Durante todo el día sus compañeros habían hablado con Julia, le preguntaban sobre ella, alababan su pelo. Finalmente, decidió abordarla. La clase de esa hora era por suerte relajada, el mejor momento para atacar. Terminó los ejercicios que había dejado el profe en diez minutos y, levantándose con gran pompa, caminó despreocupadamente hasta la carpeta vacía al lado de Julia.

Al llegar arrastró el asiento hasta ponerlo directamente al costado de ella, y se sentó. Julia se volteó con aire de inocente interés.

—Así que Julia, ¿eh? —dijo Fabio, sonriendo lo más seductoramente posible—. Yo soy Fabio —le extendió la mano.

—Qué gusto, Fabio —respondió ella, devolviendo la sonrisa pero ignorando su mano—. ¿Ya terminaste los ejercicios?

—Sí, hace cinco minutos. Si quieres puedo ayudarte con los tuyos.

—Qué dulce, pero no gracias. Terminé los míos hace diez.

La sonrisa de Fabio se contrajo dos milímetros. Movié ligeramente la cabeza para poder ver el cuaderno de Julia. "No es posible que los haya terminado todos tan rápido, y si es así, entonces los hizo mal".

—Sí —continuó ella ("como si leyera mi mente," pensó él)—, los terminé hace rato y hasta los comparé con los de otros. Ahora estoy escribiendo un poco. —A pesar de sus celos, Fabio sentía curiosidad (y, a regañadientes, admiración).

—¿Escribiendo, eh? ¿Qué escribes?

—Ah, nada. Un pequeño cuento que se me ocurrió el otro día. —Su tono y su ademán subrayaron su indiferencia.

Fabio estaba francamente intrigado, así que decidió que ya tocaba que ella se sintiera intrigada por él. Había llegado la ocasión de utilizar su arsenal de conocimientos oscuros que siempre impresionaba a los poco conocedores. Él en verdad no sabía mucho de lo que hablaba, pero había descubierto que decir un par de nombres raros y mostrar suficiencia bastaba para hacer creer a otros que sí lo hacía. Ella había vuelto a concentrarse en su escritura.

—Oye, parece que tú necesitas relajarte. Te voy a recomendar una banda que descubrí, peruana, se llama Los Saicos. A mí me encanta, es muy antigua y... —Se interrumpió porque ella se había volteado a verlo. De pronto parecía sumamente interesada. Él sonrió para sus adentros.

Pero luego ella habló:

—Ah, conoces a Los Saicos, mira tú. ¿Has escuchado *El entierro de los gatos*? Yo amo esa canción, me hace pensar en cómo las pandillas... —Julia se embarcó en un discursillo apasionado pero Fabio ya no oyó más. La verdad, estaba un poco aturdido. No había esperado que ella supiera tanto. Era como

si le hubieran encajado un golpe, pero se recuperó rápidamente. Julia seguía hablando alegremente.

—Esa es la que tiene que ver con un tren, ¿no? —la cortó él, algo irritado.

Silencio. Ella lo miraba con desconcierto. Al fin:

—No. Esa es *Demolición*.

—Ah.

De pronto se sentía incómodo. Se levantó y regresó a su carpeta, derrotado. Luego de clases, mientras caminaba a su casa, Fabio sintió cómo todo su ego, engordado por tantos años de sentirse mejor que los demás, se esfumaba. Era un fraude, ahora lo sabía. Julia era auténticamente original, era mejor que él. Al pensar en ella, sintió algo que no había sentido nunca en toda su vida.

Cuando llegó al local pidió lo que quería: rojo, corto. Mientras esperaba, visualizó el resultado en su mente y asintió. Tendría que ser un tono flameante, llamativo. "Después de todo, mañana seré la chica nueva y debo asegurarme de que nunca me olviden". Practicó una vez más caminar torpemente. Listo, eso era todo, ¿no? "A ver, ¿qué más? Ah sí, tengo que comprar un gorro".

DELIRIO

Pedro Hoyos

Un sonido punzante asesinó el sueño de Arturo. Lo levantó de golpe, como si hubiese tenido una pesadilla escalofriante. Estaba sudoroso y jadeante. Al principio tenía miedo, pero luego se calmó y su respiración volvió a la normalidad. "Mierda, son las nueve de la mañana". Efectivamente, era muy temprano para un adolescente como él, pero demasiado tarde para ir a la universidad. No lo iban a dejar ingresar a clases. Quería seguir durmiendo, pero de repente una voz dominante y conocida se lo impidió.

—¿Arturo?

—¿Qué carajos?

Él pensaba que estaba hablando consigo mismo, pero su aparato fonador accionó de manera errónea.

—¿Qué dijiste? ¡A mí no me hablas así!

—dijo su madre, un poco enojada—. Ven a desayunar, no quiero que te saltes otra comida, te vas a enfermar.

—No tengo hambre.

—Sé que sigues así por lo que ocurrió, pero no te...

—¡Tú no sabes nada! —dijo Arturo, interrumpiendo a su madre—. ¡Nadie sabe nada! Ni el psicólogo, ni el rector, ni Dios. ¡Nadie!

—Si sientes tanta culpa, ¿por qué no vas y lo arreglas todo?

—Ya es muy tarde—dijo bajando la voz.

No estaba retrasado, pero tenía miedo. La reacción de su amigo luego de no